

# **La crisis estructural del capitalismo contemporáneo... ¿y la reacción neofascista en América?**

**The structural crisis of contemporary capitalism... and the neo-fascist reaction in the Americas?**

**Alán Ricardo Rodríguez Orozco**

**Universidad Nacional Autónoma de México (México)**

**Resumen.** El presente texto se propone analizar la relación que existe entre la crisis capitalista contemporánea y la proliferación de expresiones políticas de extrema derecha como respuesta a su dinámica. Ello, con la intención de evidenciar en qué medida la emergencia, el fortalecimiento y/o la consolidación de estas extremas derechas son el resultado de las tensiones que atraviesan a la crisis actual, pero también con el objetivo de problematizar a ambos fenómenos más allá del marco intelectual proporcionado por las analogías que se hacen de ellos con la Gran Depresión, de 1929, y el sucesivo ascenso del fascismo y del nacionalsocialismo en Occidente (y, en menor medida, en América). La discusión que sigue a continuación es, en este sentido, de tipo teórico-metodológica, inscrita en la tradición del discurso crítico de Marx y la crítica cultural de la Filosofía Social.

**Palabras clave:** crisis capitalista, extremas derechas, fascismo, marxismo, progresismo.

**Abstract.** The present text aims to analyze the relationship between the contemporary capitalist crisis and the proliferation of extreme right-wing political expressions as a response to its dynamics. This, with the intention of demonstrating to what extent the emergence, strengthening and/or consolidation of these extreme rightists are the result of the tensions that cross the current crisis, but also with the aim of problematizing both phenomena beyond the intellectual framework provided by the analogies made between them and the Great Depression of 1929 and the subsequent rise of fascism and national socialism in the West (and, to a lesser extent, in America). The discussion that follows is, in this sense, of a theoretical-methodological type, inscribed in the tradition of Marx's critical discourse and the cultural critique of Social Philosophy.

**Keywords:** capitalist crisis, extreme right wing, fascism, Marxism, progressiveness.

*La masacre se ha convertido en un entretenimiento de las masas.*

*José María Pérez Gay (2006).*

### **El doble carácter de la crisis capitalista**

Analizar la crisis del capitalismo contemporáneo no es una tarea intelectualmente sencilla. Pero no lo es no tanto ni en principio debido a las múltiples variables que cualquier estudio crítico y serio sobre dicho fenómeno debería de considerar si su propósito es dar cuenta, al menos, de los rasgos generales que la caracterizarían. No. La principal dificultad que parasita al grueso de las tematizaciones de la crisis actual del capitalismo (o de cualquier otra que se dé por hecho que ha experimentado este sistema sociohistórico a lo largo de sus más de quinientos años de existencia) tiene que ver, fundamentalmente, con dos problematizaciones de carácter epistemológico generalmente obviadas, pero que en realidad deberían de hallarse en la base de cualquier discusión acerca de ella. A saber: por un lado, la correspondiente a la delimitación de sus dimensiones espaciotemporales y, por el otro, la relativa a su distinción respecto de los que serían eventos circunstanciales o coyunturales.

Y es que, en efecto, a pesar de que, en estricto sentido —como se verá más adelante en este texto—, una crisis, en el marco del capitalismo moderno, no es algo que se reduzca a, o que se agote en, la aparición de un fenómeno, un momento, un periodo o un acontecimiento considerado irregular, excepcional, anómalo, infrecuente o extraordinario, respecto de un supuesto curso regular, común, habitual, frecuente u ordinario del propio sistema; tal y como lo señaló Immanuel Wallerstein (1983) desde principios de los años ochenta del siglo XX, «crisis es una palabra que viene fácilmente a los labios» (p. 14), a menudo para explicar todo lo que de raro, de extraño o de heteróclito sucede en el seno del capitalismo; de tal suerte que, de tanto recurrir a dicho concepto como una suerte de comodín intelectual capaz de explicarlo todo, no sólo una parte considerable de la humanidad ha llegado a convencerse de que siempre vive saltando de una crisis a otra sino que, además, la palabra, en sí misma, con el paso del tiempo ha ido perdiendo su potencial analítico y su contenido epistemológico crítico, ético y político.

Prescindir de su empleo para dar cuenta del momento histórico por el cual atraviesan el capitalismo y, junto con él, la humanidad atrapada en su dinámica de reproducción global, sin embargo, no parece ser una opción sensata en momentos en los que, paradójicamente, a pesar de esta situación en la que se encuentran los usos del concepto en la generación de conocimiento científico-social en diversas partes del mundo, su utilización en la explicación de una pluralidad de fenómenos es, hoy, mucho más necesaria que nunca. En particular, debido a que este modo de producción y de consumo ha dado muestras de haber al-

canzado ya algunos de los puntos límite en su lógica de funcionamiento que, en efecto, serían indicativos de que todo él ha entrado en un estado de crisis: en principio incomparable con nada que haya experimentado con anterioridad y, en segunda instancia, caracterizado por ser, al mismo tiempo, un margen existencial no sólo para el capitalismo en cuanto sistema y modo de producción y de consumo sociohistórico sino, antes bien, para la humanidad y para el resto de la vida animal y vegetal en el planeta.

De ahí, pues, la necesidad de recuperar el sentido crítico, ético y político de este concepto (el de crisis), pues es sólo mediante la correcta comprensión de su naturaleza, sus rasgos, su magnitud, su profundidad y sus dimensiones contemporáneas que la humanidad se hallará en una posición mucho más favorable tanto para atender sus causas y sus efectos en el corto y en el mediano plazos como para incidir, de manera determinante, en el posible desenlace que ésta pudiese llegar a tener en un futuro un poco más distante. Pero ello siempre sin perder de vista que, dentro del amplísimo espectro de escenarios en los que ésta puede llegar a desencadenarse, por lo menos dos son ineludibles e igualmente plausibles: la posibilidad de construir un mundo mucho más libre, más igualitario, más democrático y socialmente justo (esto es: la alternativa por una nueva forma de civilización que suponga un salto cualitativo para la humanidad y para el resto de la vida orgánica en el planeta) o la probabilidad de que la marginación, la explotación y la dominación actuales se reactualicen en figuras aún más perniciosas que las contemporáneas (es decir: la alternativa por una nueva forma de barbarie).

Ahora bien, esbozados así los términos iniciales de la discusión, es claro que, a lo largo de los últimos años, en América y en el resto de Occidente discusiones acerca de la crisis contemporánea no han escaseado. De hecho, todo lo contrario: en ambas regiones del mundo, uno de los temas de debate que mayor atención ha captado entre diversos campos de estudio adscritos al quehacer de las ciencias sociales y de las humanidades modernas es precisamente éste.

De ello dan cuenta, por ejemplo, los numerosos estudios especializados que se han escrito, partiendo desde los más variados enfoques disciplinarios y puntos de vista teórico-metodológicos, acerca de este tópico, y, según los cuales, los tiempos que corren se caracterizarían por ser los propios de: i) una «crisis epocal del capitalismo» (Arizmendi, 2020, p. 8), ii) «una de las crisis económicas más graves de los últimos años» (Rea Becerra y Auxilio Piñón, 2009, p. 141), iii) «una crisis de sobreproducción [tendiente hacia] la crisis de subproducción» (Sabbatella, 2010, p. 76), iv) «una gran crisis cuyas sucesivas, paralelas o entreveradas manifestaciones conforman un periodo histórico de intensa turbulencia, una catástrofe» (Bartra, 2013, p. 26), v) una «dislocación del capitalismo» (Ornelas, 2020, p. 42), vi) una «crisis sistémica» (Ceceña, 2021, p. 105), vii) una «crisis de sobreacumulación» (Bello, 2009, p. 128), viii) una «crisis estructural del capitalismo provocada por el estallido de la burbuja especulativa inmobiliaria en EEUU en 2007» (Corsi, 2010, p. 29), ix) «varias crisis superpuestas: bancaria, financiera,

económica, de hegemonía, bélica, ecológica; por ello, con signos de una crisis estructural y civilizatoria» (Saltos Galarza, 2014, p. 62), x) una «crisis sistémica del capitalismo neoliberal» (Márquez Covarrubias, 2010, p. 58), xi) «una crisis con dimensiones múltiples: sanitaria, económica, medioambiental, civilizatoria, política, entre las principales» (Osorio, 2021, p. 19), etcétera.

Entre toda esa producción intelectual, sin embargo, además de los múltiples y los muy diversos problemas que se presentan producto de los dogmatismos a los que conducen aproximaciones excesivamente disciplinarias al tema en cuestión, una de las confusiones analíticas más recurrentes en este tipo de discusiones tiene que ver con la poca claridad con la que se aborda la distinción entre lo que sería privativo de una crisis connatural del capitalismo en cuanto «forma o modo de reproducción de la vida económica del ser humano: una manera de llevar a cabo aquel conjunto de sus actividades que está dedicado directa y preferente a la producción, circulación y consumo de los bienes producidos» (Echeverría, 1997, p. 141), por un lado; y lo que sería específico, por el otro, de una crisis civilizatoria, en tanto que síntesis y concreción de una determinada figura de totalización de la vida humana<sup>1</sup>.

Confusión, dicho sea de paso, que además de responder a falsas sinonimias (v.gr. cuando civilización y capitalismo se usan como categorías intercambiables entre sí) o a tramposas simplificaciones (p.ej. cuando, acotada la crisis del capitalismo a su naturaleza como modo de producción y de consumo material, la crisis civilizatoria se enuncia como si fuese simplemente la suma de múltiples crisis individuales, más allá de la esfera económica, en una única macrocrisis), resulta de imprecisiones teórico-metodológicas al momento de evaluar su espacialidad, su temporalidad y su estructuralidad.

En gran parte de América y del resto de Occidente, a propósito de lo anterior, imprecisiones críticas como las del primer y segundo tipo han sido las causales, por lo menos desde finales del siglo pasado, de que en estas sociedades el pensamiento científico-social por ellas producido para atender a las dificultades que les aquejan haya permanecido, durante tanto tiempo, siendo presa de esas cárceles epistemológicas que históricamente han tendido a problematizar la crisis del capitalismo como una situación que es susceptible de ser circunscrita a regiones singulares de la geografía global del capital y a periodos históricos acotados en unidades de tiempo cuya duración es casi siempre inferior al curso de una década.

---

<sup>1</sup> Ante las múltiples confusiones que se suelen presentar en las interpretaciones de la crisis capitalista contemporánea, es fundamental no perder de vista, pues, dos aspectos. A saber: i) la distinción entre capitalismo y modernidad; y, por lo tanto, entre lo que sería una crisis capitalista y una de la modernidad; y, ii) atendiendo sólo al modo de producción capitalista, lo que sería una crisis de su funcionamiento (es decir, de la lógica de su reproducción sistémica o estructural) y lo que el capitalismo en y por sí mismo tiene de sistema histórico que pone a la vida misma en crisis (*el capitalismo como crisis*, y no la crisis *del* capitalismo). La discusión abordada en los párrafos que siguen, en este mismo texto, son, precisamente, el esclarecimiento analítico de ambas aproximaciones.

Imprecisiones del segundo tipo, por otro lado, han sido las responsables de que con frecuencia el término en cuestión se use de modo casual, con el propósito de señalar algún tipo de dificultad en el funcionamiento, la operación o el comportamiento del capitalismo (como lo serían un momento de recesión, de depresión, de contracción o de estancamiento en el conjunto de la vida económica o en alguno de sus sectores, como el comercial, el financiero, el bursátil, el industrial, el energético<sup>2</sup>, etc.) y, en consecuencia, de que a menudo lo que se termine describiendo como una crisis sea, en realidad, algún tipo de dificultad que en el fondo el propio capitalismo es capaz de resolver dentro de y según su propia lógica de reproducción.

Tomados en conjunto, abordajes analíticos de este tipo son los que, en la práctica, a lo largo de los años han contribuido a que en un amplio espectro de las problematizaciones acerca de la crisis del capitalismo en América y en el resto de Occidente se prioricen los estudios que toman como un hecho dado a la propia crisis (aunque se carezcan de elementos de fundamentación al respecto), y, en cambio, se demeriten aquellos que, con base en el análisis de las tendencias y de las trayectorias históricas, estructurales, sistémicas y/o seculares seguidas por el capitalismo en un contexto determinado, buscan no sólo ofrecer definiciones conceptuales más robustas para explicar los fenómenos sociales observados (sin que ello implique sustituir a la realidad empírica por supuestos teóricos contruidos como a priori epistemológicos) sino, además, contar con el potencial para, a partir de su base de sustentación, «darle contenido ya no solamente a un concepto —el de la crisis— o a una estructura teórica sino a una situación [histórica concreta], lo que permitiría su entendimiento y su reconstrucción» (Reyna, 1977, p. 395).

Desde un punto de vista sistémico-estructural, es este tipo de valoraciones el que, en Occidente, en general; y en América, en particular; desde finales del siglo pasado, erróneamente demanda la comprensión de fenómenos como la explosión inflacionaria de los combustibles fósiles en los años 70, la quiebra de la deuda del tercer mundo en los 80, las devaluaciones cambiarias en los 90, o los estallidos especulativos bursátiles en los años 2000, como si estos fuesen en y por sí mismos estadios o momentos de crisis capitalista y no como lo que en realidad fueron: simples dificultades que, por muy lacerantes que fuesen de las condiciones de vida de millones de personas a lo largo y ancho del mundo, no dejaban de ser sucesos susceptibles de ser resueltos dentro del marco del propio capitalismo, según su lógica de reproducción.

---

<sup>2</sup> Y cuyas manifestaciones más comunes serían: el estancamiento del ritmo de crecimiento de las economías nacionales y su suma global, el incremento generalizado de los precios, del endeudamiento y del desempleo, la quiebra de negocios pequeños, medianos y —en menor medida— grandes, la ampliación del desabasto de bienes indispensables para la vida humana, un mayor grado de parálisis en la movilidad social horizontal y vertical, incremento de la pobreza, etcétera. De ahí que, por lo común, se dé por hecho que la crisis se ha superado (o por lo menos ha sido paliada) cuando son detenidas o revertidas estas tendencias, aunque en lo profundo del sistema las causas de esto sigan existiendo.

En el plano del análisis geográfico e histórico, esta reducción y este agotamiento analítico de la crisis en algunos fenómenos que esencial y fundamentalmente no lo eran derivó en que, en el grueso de los esfuerzos intelectuales llevados a cabo para comprenderlos se privilegiase su falsa fragmentación espacial y temporal: confiriéndoles causalidades y lógicas de funcionamiento internas, diferenciadas y diferenciales respecto de las demás, a cada una de esas supuestas crisis; pero también concediéndoles los atributos de ser crisis independientes entre sí a lo largo del tiempo y del espacio<sup>3</sup>, en lugar de problematizarlas, espacialmente, a partir del reconocimiento de la unidad geográfica del capitalismo global; y, temporalmente, sabiendo distinguir lo que en este sistema es un acontecimiento, una coyuntura y una tendencia secular o estructural (cada una con duración histórica distinta)<sup>4</sup>.

Todo lo cual, por supuesto, no significa obviar o ignorar las especificidades, los condicionamientos, las determinaciones y las concreciones contextuales de estos fenómenos (y de la crisis en cuanto tal) presentes en cada Estado-nacional (y en sus escalas internas) o en cada región continental o subcontinental del planeta sino, antes bien, atender a aquello que ya Marx había señalado desde el siglo XIX, en su crítica de la economía política, sobre el doble carácter de la crisis capitalista:

- a. en su concepción estructural, como una crisis de tipo civilizatoria: en el sentido de que, lejos de comenzar, de transitar y/o de agotarse en la aniquilación de las condiciones naturales que posibilitan la vida en la Tierra (la crisis climática y ecológica), hunde sus nervios más profundos en la expropiación que el proceso de reproducción mercantil de tipo capitalista efectúa en contra de las formas concretas, histórica y culturalmente determinadas de reproducción orgánica de los suje-

---

<sup>3</sup> Cierta sesgo cognitivo de tipo eurocentrista fue el responsable de que, en el fondo de este tipo de aproximaciones analíticas al problema de la crisis capitalista, a menudo se considerase como crisis general del sistema lo que en sus orígenes o en sus efectos se circunscribía espacialmente a la geografía de las principales economías globales (Europa occidental, Estados Unidos y, a veces, Japón), mientras que para el resto del mundo lo que se percibían eran crisis regionales (la crisis latinoamericana de los ochenta, la del Sudeste asiático, en los noventa, etcétera). Todo lo cual, sin embargo, no quiere decir que desde las zonas periféricas de la economía-mundo no se impulsaran entendimientos de la crisis mucho más críticos en los cuales se defendía la idea de que una crisis regional era, en última instancia, una expresión geográficamente acotada de una crisis de proporciones globales. Algunos ejemplos de este tipo de formulaciones críticas respecto de los abordajes eurocentristas y regionalistas de la crisis se encuentran en las obras de Marini (1973), Dos Santos (1978), Gunder Frank (1979) y Amin (1970).

<sup>4</sup> Siguiendo la formulación ya clásica de Fernand Braudel: la corta duración del acontecimiento («el tiempo corto, a medida de los individuos, de la vida cotidiana, de nuestras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conciencia; el tiempo por excelencia del cronista, del periodista»); la duración media del ciclo y del interciclo, de la coyuntura («que ofrece a nuestra elección una decena de años, un cuarto de siglo y, en última instancia, el medio siglo del ciclo clásico de Kondratieff»); y la larga duración de las tendencias seculares y las estructuras («un tiempo frenado, a veces incluso en el límite de lo móvil»). (Braudel, 1968, p. 65, 68, 74).

- tos sociales comunitarios, privatizándolas y apropiándose de su dinámica (productiva, consuntiva y circulatoria)<sup>5</sup>, no sólo vaciándolas de su contenido y de su intencionalidad cualitativa —en tanto que proyectos civilizatorios diferenciales y diferenciados o formas históricas singulares de totalización de la vida en sociedad— sino, yendo más lejos aún que eso, sustituyéndolas por figuras seudocivilizatorias emanadas de sus necesidades puramente cuantitativas y abstractas de reproducción (de acumulación incesante de capital)<sup>6</sup>; y,
- b. en su acepción de crisis específicamente económica capitalista: en el sentido de que, para que el conjunto de la sociedad pueda existir en su forma capitalista, «es fundamental que dentro de la esfera de la circulación mercantil la región mercado de trabajo irradie su vitalidad o su efectividad como instrumento específico de la “esclavitud moderna”» (Echeverría, 1986, p. 202); es decir, reconociendo que en esta forma concreta de sociedad es crucial que el intercambio de la fuerza de trabajo (de la cual son propietarios los individuos que componen a las clases trabajadoras) por medios de subsistencia

---

<sup>5</sup> Ante la tentación —cada vez más extendida, por catastrofista— de querer ver en la devastación climática y ambiental el rasgo ineludible de lo que sería la crisis civilizatoria en curso (partiendo del entendido de que al erosionarse o al agotarse las condiciones naturales que posibilitan la vida orgánica en el planeta la existencia misma de la civilización humana se vería puesta en cuestión), habría que precisar que, en tanto que la civilización ni es una única ni le es consustancial a una *madre naturaleza* supuestamente plena por sí misma, equilibrada, armoniosa y prístina (y en cuyo funcionamiento la humanidad no sería más que un accidente parasitario y aniquilador suyo), no toda crisis climática y ambiental supone una crisis civilizatoria y no toda crisis civilizatoria comienza, transita y se agota en un fenómeno análogo ocurriendo en la vida natural del planeta. No debe perder de vista, después de todo, que el planeta Tierra, desde su origen, atraviesa por cambios climáticos catastróficos en virtud de sus propios ciclos geológicos (Caballero, Lozano y Ortega, 2007). Pero tampoco debe obviarse el hecho de que civilizaciones enteras han desaparecido y nacido sin que ello haya sido producto de la devastación total del planeta o de los ecosistemas en los que habitaban (las civilizaciones precolombinas desaparecieron por causa de la colonización, no por la destrucción de la naturaleza de la que dependían). Es la imposibilidad de que una forma histórica de reproducción de la socialidad humana se siga dando en sus términos formales lo que indica que ésta atraviesa por un estadio crítico, pero esa situación es enteramente posible al margen de las condiciones en las que se halle la vida natural en la Tierra (la transición de la antigüedad al feudalismo, o de éste al capitalismo supusieron crisis civilizatorias singulares, con independencia del nivel de deterioro ambiental y climático que cada modo de producción causó) (cf. Anderson, 1974; Moore, 2015).

<sup>6</sup> Siguiendo a Bolívar Echeverría en su recuperación de la crítica hecha por Marx a los fenómenos de la enajenación, de la alienación y del fetichismo mercantil en el capitalismo moderno, habría que insistir en no perder de vista que, dentro del capitalismo, las formas sociales-naturales de reproducción de la socialidad humana están siendo siempre subsumidas por las necesidades propias de reproducción, acumulación, concentración y centralización del capital, de tal suerte que, para la especie humana, su subsunción «bajo el capital implica para ella la pérdida de esta subjetividad suya, la enajenación de su capacidad de darle una forma a su socialidad. Instante a instante, el valor económico capitalista pone en lugar de esa subjetividad humana su propia “voluntad” de autovalorización; instante a instante se pone a sí mismo en calidad de sujeto sustitutivo de todo el proceso de reproducción social» (Echeverría, 2006, p. 322).

(apropiados y privatizados por las clases capitalistas), no sólo logre efectuar con normalidad su propia valorización sino que, aunado a ello, la posibilidad de realización de la valorización de aquella se mantenga permanente y sistemáticamente en una condición de absoluta subordinación y de dependencia respecto de «la realización o efectuación del valor de la mercancía capitalista, realización que implica una valorización del mismo, una acumulación de capital» (Echeverría, 1986, p. 205).

La primera noción permite comprender que el capitalista es un modo de producción y de consumo que en y por sí mismo induce a un estado de crisis permanente, originaria y absoluta, a la voluntad y a las capacidades de los sujetos sociales (individuales y comunitarios) de darle forma a esa red de compromisos y de reciprocidades que se halla en la base de todo proyecto civilizatorio concreto, material, cultural e históricamente determinado<sup>7</sup>, al margen de las demandas que imponen las necesidades de reproducción de la mercantilización y la valorización capitalistas<sup>8</sup>. Lo que en última instancia implica reconocer las limitaciones a las que se encuentran sometidas las experiencias políticas de las izquierdas progresistas contemporáneas, que a lo largo y a lo ancho del mundo (aunque con particular fuerza en América) han buscado alterar esta situación, trabajando en pos de la construcción de un mundo mucho más libre, más igualitario, más democrático y socialmente justo. Pero también, y no menos importante que lo anterior, permite cobrar conciencia de los asedios a los que éstas se enfrentan, especialmente ante la emergencia, el fortalecimiento y/o la consolidación de múltiples y diversas extremas derechas en escalas globales, regionales y nacionales, en tiempos en los que éstas se reconstituyen, reorganizan y rearticulan como una respuesta, como una reacción, a la dinámica de la crisis global y de sus manifestaciones fenoménicas regionales y nacionales.

---

<sup>7</sup> A pesar de que Marx no llegó a suscribir la idea de que sea posible la existencia de una sociedad a-social, sí, no obstante lo anterior, señaló con insistencia que, en el corazón de las relaciones capitalistas de producción y consumo, la sociedad se presenta a los individuos —asumidos como propietarios privados individuales— como «un ente que para estos sujetos es como una cosa, igualmente independiente, extrínseco, fortuito» (Marx, 1859, p. 235).

<sup>8</sup> De darle forma, pues, a un proyecto de civilización en el que ésta se entienda en su sentido más básico y elemental: como civilización material. Esa vida material que, de acuerdo con Fernand Braudel (autor intelectual del término), siendo ella misma «omnipresente, invasora, repetitiva, [...] se encuentra bajo el signo de la rutina; [dando origen a] un orden, entre miles de bienes culturales, de hechos heterogéneos, a primera vista extraños los unos a los otros, desde los que pertenecen a la espiritualidad y a la inteligencia hasta los objetos y útiles de la vida cotidiana» (Braudel, 1979, p. 6, 491), y cuya figura específica es expresión de una opción histórica y cultural determinada, irrepetible y diferenciada respecto del resto que habitan el planeta. En palabras de Bolívar Echeverría —colocando en diálogo a Marx y a Braudel—, diríase que ese «plano primario de la vida social, que está en el núcleo de los usos y las costumbres más cotidianos del ser humano como agente de la producción y el consumo, como protagonista del trabajo y el disfrute, es el que Braudel llama “de la civilización material” y Marx “de la forma natural”» (Echeverría, 1997, p. 119).

La segunda, por su parte, en principio propicia el entendimiento, en su justa dimensión, de la medida en la que la disputa por la direccionalidad, por un lado, del Estado y de su andamiaje gubernamental; y, por el otro, de la política, en general; y de la cultura política, en particular; en el seno de las unidades nacionales contemporáneas, es fundamental, hoy, en la definición de los grados de explotación de los que se vale el capitalismo para sobrevivir a las dificultades que sus propias contradicciones y tensiones internas le generan. Y en seguida demanda que, en el contexto actual por el cual atraviesan América y el resto de Occidente, las izquierdas progresistas globales, regionales y nacionales se comporten a la altura del desafío que suponen para ellas la emergencia, el fortalecimiento y/o la consolidación de movimientos sociales y de fuerzas políticas de extrema derecha que, siendo ellos y ellas mismas una respuesta reaccionaria ante la crisis en curso, conscientemente buscan hacer de ésta el momento reconstitutivo de sus tácticas y de sus estrategias de dominación, de explotación y de marginación sociales.

### ¿El nuevo fascismo en América?

Sostener que la crisis actual del capitalismo es, al mismo tiempo, una crisis civilizatoria, significa afirmar que lo que se halla en cuestión es mucho más que la caída contingente, coyuntural o tendencial de la masa del plusvalor o de la ganancia<sup>9</sup> generada por el sistema en su conjunto, en un contexto dado. Supone, de hecho, evidenciar que lo que está en juego es la capacidad con la que cuenta el propio sistema para seguir reproduciéndose, a pesar de las tensiones y de las contradicciones que él mismo origina y alimenta en su interior, toda vez que las principales instituciones y los principales procesos elementales de los cuales se vale para garantizarse ciertos equilibrios y ciertas regularidades a lo largo de su vida histórica han perdido sus habilidades para cumplir con dicho propósito y, en cambio, se ven sometidos a múltiples y muy diversas presiones que, en última instancia, son la causa de que el sistema en cuanto tal se vea incapacitado para disipar el cúmulo de conflictividades sociopolíticas y socioculturales que su falla produce.

---

<sup>9</sup> Para el grueso de la producción intelectual que en los últimos años ha abordado con sistematicidad el problema de la crisis capitalista contemporánea, el colapso inevitable del capitalismo suele atribuirse a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia; en gran medida debido a que —según se sigue sosteniendo en la actualidad— fue el propio Marx quien hizo de su comportamiento una ley del capitalismo y una, además, que explicaría cómo las contradicciones internas del sistema (y no algún tipo de externalidad) será la causa de su autodisolución (cf. Heller, 2011). A menudo, sin embargo, en este tipo de aproximaciones se suele obviar la crucial distinción entre *tasa de ganancia*, por un lado; y *masa de ganancia*, por el otro. Tal y como lo señalara Henryk Grossmann, en 1929, «estas dos palabras representan para la teoría dos mundos totalmente distintos, si bien existen estrechas relaciones entre la baja de la masa de ganancia y la de la tasa de ganancia. [...] La masa de ganancia crece absolutamente y la misma masa de ganancia decrece en sentido relativo. [...] La antítesis del crecimiento absoluto lo constituye la baja relativa de la misma magnitud. [...] La tasa de ganancia no decrece en forma relativa, sino absoluta [y ésta es] sólo la expresión externa [de] la baja relativa de la masa de ganancia» (Grossmann, 1929, p. 130-131).

En este sentido, la crisis contemporánea es, al mismo tiempo, una crisis del amplísimo y complejo entramado de mediaciones sociales, culturales y políticas que, a lo largo de cinco siglos de historia, el capitalismo moderno fue construyendo y reproduciendo en su interior para garantizar su existencia y gobernar las resistencias (efectivas y potenciales) que los sujetos sociales, individuales y comunitarios, le pudiesen llegar a contraponer en la forma de los más variados usos y costumbres en los que se manifiesta la vida humana, en general; y la vida en sociedad, en particular; intentando proteger la fragilidad de su existencia.

En una situación así, aunque la disputa por la apropiación (individual y colectiva) del excedente económico socialmente producido es una dimensión elemental y hasta primario-genética de la crisis, la posibilidad de superarla no se reduce a, ni se agota en, la resolución de las dificultades presentes en las esferas de «la producción, la circulación y el consumo de la riqueza social objetiva» (Echeverría, 1986, p. 192), habida cuenta de que, si bien es verdad que al atenderse únicamente el aspecto estrictamente económico de ésta, la sociedad que la padece se halla en condiciones de resolver (aunque sea relativamente) los problemas emanados de las necesidades materiales de los sujetos sociales involucrados, ni mecánicamente ni por desviación ello conlleva la superación del malestar enraizado en la cultura y en la política; en las relaciones intersubjetivas, por ejemplo, de tipo racial, sexogenéricas, generacionales, antropocéntricas, etcétera. Ni a la inversa: pues la solución en y por sí misma de estas dimensiones (no estrictamente económicas) no alcanza sino a garantizar poco más que una seudoperación de la base económica de la crisis.

Así pues, vistas las cosas desde un punto de vista histórico de larga duración, lo que queda claro es que, desde hace aproximadamente medio siglo, entre las principales tensiones y contradicciones internas que el capitalismo no ha podido solucionar en los términos de los procesos y de las instituciones que éste engendró con tales propósitos se hallan:

- a. la imposibilidad en la que están las clases capitalistas de sostener reducciones generalizadas cada vez mayores de los costos de producción, por periodos de tiempo cada vez más prolongados, relativos al personal involucrado en las actividades productivas del capital, en sus tres niveles elementales de estratificación: «la mano de obra no calificada y semicalificada, la mano de obra calificada y los cuadros supervisores, y los directivos» (Wallerstein, 2015, p. 29), sin que ello redunde o en una mayor propensión al subconsumo del personal ubicado en los primeros dos niveles de la cadena alimenticia laboral (la base cuantiosa de la producción y del consumo) o en un fortalecimiento del movimiento obrero entre los sectores más precarizados, hasta el punto en el que éste sea capaz de apropiarse para sí de un mayor porcentaje del excedente económico socialmente producido;

- b. la incapacidad en la que se encuentran las clases capitalistas para incrementar el total de los costos de producción que pueden externalizar principalmente en dos ámbitos: en el tratamiento de residuos tóxicos derivados de la actividad económica, y en la necesidad de renovar —al ritmo al que se expande el consumo de masas— la reserva de recursos naturales que la producción capitalista de bienes y servicios demanda del planeta como materias primas (cf. Wallerstein, 2015). Y es que, en efecto, en la actualidad, ambos se presentan como límites a punto de ser rebasados por encima de su margen de sostenibilidad en la medida en la que los dos están indefectiblemente condicionados por los altísimos niveles de degradación ambiental y climática por los que atraviesa la Tierra; y,
- c. la manifiesta impotencia de las clases capitalistas para incrementar de manera sostenida e indeterminada la transferencia de costos de producción relacionados con la disponibilidad de infraestructura estratégica para la producción, la circulación y el consumo mercantiles hacia las arcas de los Estados-nacionales contemporáneos: no sólo por las cada vez más recurrentes —y difíciles de sortear— presiones políticas, económicas y culturales que las clases populares comienzan a ejercer sobre los aparatos estatales y sus andamiajes gubernamentales, en el sentido de exigirles que asuman un rol más protagónico y sustancial en tareas relativas a la mitigación de los daños causados al planeta por la dinámica del capitalismo global sino, también, a causa del incremento de presiones análogas que tienen por objeto el demandar de estos mismos Estados y de sus respectivos gobiernos posturas mucho más agresivas ante las demandas de las elites globales y de sus Corporaciones Transnacionales (con singular combatividad ante el tema del crecimiento de la deuda).

Ahora bien, a lo largo del mismo periodo de tiempo, para América y para el resto de Occidente, esas trayectorias del sistema convergieron con un deterioro aún mayor de las mediaciones sociales, políticas y culturales que, hasta entonces, habían sostenido la reproducción del sistema en sus variaciones regionales específicas en estos dos espacios geopolíticos, geohistóricos y geoculturales del mundo. En gran medida, por supuesto, esto se debió sencillamente a que estas mediaciones perdieron legitimidad entre las masas como «enclaves de poder político» (Zavaleta, 1981, p. 127) capaces de hacer valer sus reivindicaciones y sus aspiraciones ante la voracidad de los intereses y de los privilegios defendidos por las élites nacionales, regionales y globales.

Y si bien es verdad que en una y en otro se dieron con rasgos diferenciados entre sí, igual lo es que, desde el principio, compartieron un patrón de poder similar: uno que comienza con la reacción neoconservadora de los años setenta y ochenta ante la irrupción popular de la

década previa (el sesenta y ocho global) y entre cuyos objetivos principales estuvieron: i) el desmantelamiento del modelo de Estado de bienestar que proliferó a lo largo de prácticamente tres décadas, luego de la segunda Guerra Mundial; y, ii) con carácter preventivo, la reducción de los movimientos obreros, campesinos y populares a sus mínimas expresiones<sup>10</sup>. Pero reacción, asimismo, que no sólo no se interrumpió entre los años 90 del siglo XX y la vuelta del siglo sino que, antes bien, se radicalizó y se fortaleció en esos años ampliando su onda de choque por medio de la globalización de la guerra en contra del terrorismo global y del narcotráfico internacional; y que, en los albores de la tercera década del nuevo milenio, hunde sus nervios más profundos en lo que ya comienza a prefigurarse como un nuevo momentum de rebelión y contra-insurgencia.

En el caso particular de América, esta historia se caracterizó, en principio, por haber experimentado lo que en sus orígenes parecía ser un movimiento en sentido contrario al de aquel que en esas décadas estaba experimentando el resto de Occidente, toda vez que, en el Nuevo Mundo, el final del siglo XX y el principio del XXI fueron los años en los que, para el grueso de la región, el agotamiento de formas estatales excepcionales y de sus regímenes políticos de tipo dictatorial (cívico-militar) abrió la posibilidad a sus pueblos de transitar hacia la construcción de Estados-nacionales y de sistemas políticos mucho más libres, más democráticos, igualitarios y socialmente justos.

Las presiones geopolíticas ejercidas sobre la región y sus procesos de transición, por parte de Estados Unidos y de sus incondicionales europeos, sumadas a los reacomodos de clase que ensayaron las viejas élites corporativas y políticas americanas (nacidas y consolidadas bajo el signo de las dictaduras), para garantizar su impunidad y su supervivencia en los años por venir, no obstante, lejos de propiciar lo que, en efecto, se pretendía que fuese una transformación democrática de estas sociedades, en realidad terminó instaurando una suerte de continuidad histórica de la reacción conservadora americana del siglo XX en el XXI (lo que en última instancia posibilitó la ampliación y la profundización del neoliberalismo en el continente ahí en donde las viejas dictaduras se revelaron ineptas)<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> A la síntesis de este proyecto se le conoce, desde aquellas décadas, como *neoliberalismo*. Sin embargo, en estricto sentido (y muy a pesar de la defensa fundamentalista que este proyecto hace del mantra del libre mercado y de la competencia capitalistas), los valores y los principios políticos promovidos por los agentes sociales del neoliberalismo nunca han sido una *actualización* (neo) de los viejos valores y principios del liberalismo decimonónico sino, por lo contrario, una recuperación (y a menudo una reelaboración adecuada al nuevo contexto) de los valores y de los principios históricamente defendidos por el conservadurismo clásico (también él decimonónico).

<sup>11</sup> Más allá del velo —supuestamente— democrático con el que el fin de las dictaduras de seguridad nacional en América revistió a los ajustes estructurales implementados en la región para ampliar los márgenes del neoliberalismo en el continente y profundizar su proyecto económico, político y cultural en la vida cotidiana de sus poblaciones, fenómenos en expansión como el de la guerra en contra del narcotráfico internacional (variante regional específica de la guerra global contra el terrorismo) revelaron con

Paralelamente, insertándose en la inestabilidad política que los ajustes transicionales abrieron en la mayor parte de los Estados americanos, múltiples y muy diversos movimientos sociales (obreros, campesinos, populares, de mujeres, de la diversidad sexual, ambientalistas, etc.), dirigidos por fuerzas políticas de izquierda progresista, aprovecharon la oportunidad que se les presentaba para acumular fuerzas, reorganizarse y rearticularse nacional e internacionalmente. Así, apenas concluido el primer lustro del nuevo milenio, estos fueron capaces de instaurar, a lo largo y ancho del continente, un breve periodo de impugnación democrática al dominio hegemónico del neoliberalismo.

Este ciclo progresista [ya consolidado como un ciclo de gobiernos posneoliberales (García Linera, 2016)<sup>12</sup> entre la asunción de Hugo Chávez, en la presidencia venezolana, en 200,1 y la derrota del peronismo kirchnerista, a partir del 2015], por supuesto, en gran medida se debió a que aquella alianza entre movimientos sociales y fuerzas políticas se valió de una clara vocación frenteamplista, con profundas raíces nacional-populares, a partir de la cual se trabajó por la imbricación de una miríada de resistencias populares emergentes y/o en plena consolidación, fraternizadas por su cuestionamiento compartido a los ajustes estructurales de sus economías nacionales, a las privatizaciones de lo público, de lo común y lo comunitario y a la marginación política de la que aún eran objeto<sup>13</sup>. Sin embargo, también fue consecuencia de un conjunto de alianzas estratégicas interclases (con las burguesías nacionales de cada país y con los capitales transnacionales presentes en la zona) que, por lo menos durante este breve lapso de quince años, le die-

---

cruda desnudez que los límites a los que se enfrentó la violencia ejercida por aquellas podían ser superados en el marco de regímenes presidencialistas, con una nutrida actividad parlamentaria, diversidad partidista y amplia participación ciudadana —por lo menos en términos formales, si bien no sustanciales— en los procesos de toma de decisiones políticas.

<sup>12</sup> En la formulación del propio García Linera (2016), los gobiernos progresistas fueron, en mayor o en menor grado, según se trate de un caso nacional o de otro, formas de gobierno posneoliberales en tanto que: “no estamos hablando todavía de propuestas poscapitalistas, pues estas solo podrán prosperar a escala universal; nos estamos refiriendo a propuestas posneoliberales que permiten que el Estado retome un fuerte protagonismo en la producción de la riqueza y en el ordenamiento de la gestión económica, priorizando los intereses nacionales y a las clases populares” (p. 194).

<sup>13</sup> Se sigue acá una sutil, pero crucial, precisión teórica propuesta por Pablo Solana y Gerardo Szalkowicz en torno de la necesidad de diferenciar aquello que constituiría al ciclo progresista de acumulación de fuerzas entre los movimientos sociales, populares, obreros, campesinos, etc., en el mediano y largo plazos, por un lado; y su institucionalización gubernamental, durante los primeros tres lustros del siglo XXI. Distinción que además de permitir identificar que el ciclo progresista inicia muchos años antes de la instauración de gobiernos como los de Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa, Cristina Fernández o Luiz Inácio da Silva, en el corazón de las que con posterioridad se conformaron como las bases de apoyo de estos personajes, al mismo tiempo ayuda a visibilizar que «la relación entre esas luchas (que en algunos casos tomaron forma de verdaderas insurrecciones populares, más o menos organizadas) y los gobiernos que emergieron en sus nombres, no es sin embargo una relación lineal o mecánica». (Solana y Szalkowicz, 2017, p. 204).

ron un nuevo respiro a la variante americana del capitalismo occidental<sup>14</sup>.

Y es que, en efecto, en mayor o en menor medida, según se corresponda con el caso nacional de estudio singular del que se trate, gran parte de la recomposición orgánica del capital, de su reproducción y de su ampliación (cualitativa y cuantitativa) en la región se dio gracias a que las fuerzas políticas y los movimientos sociales de izquierda progresistas que proliferaron a lo largo y ancho del continente en estos años operaron sobre bases productivo/consuntivas de tipo desarrollista, con una fuerte carga reindustrializadora y de reprimarización exportadora neoextractivista. Lo primero (la reindustrialización) entendido no ya desde el punto de vista de lo que el desarrollo industrial significa en términos de desarrollo nacional [desde cuyo punto de vista se aprecia una tendencia general en el continente a la desindustrialización desde los años 80 del siglo XX (Castillo y Martins, 2017)] sino, antes bien, desde la perspectiva de las nuevas formas de industrialización transnacional que impulsó la globalización neoliberal precisamente en esos mismos años. A saber: como “reorientación internacional de las industrias nacionales [...] como subcontratación de los suministros para las cadenas globales de producción [...] y como la instalación de la industria maquiladora, en la que la inversión local tiene como fin producir bienes industriales (ya sea intermedios o terminados) para su reexportación al mercado global” (Robinson, 2008, p. 120)<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> Aunque la unidad global del capitalismo es incuestionable, también lo es el hecho de que éste no opera a partir de una misma temporalidad en sus distintas espacializaciones concretas. De hecho, es la capacidad con la que cuenta el capitalismo para desarrollar geografías diferenciales y diferenciadas entre sí, a lo largo y ancho del mundo, lo que le permite ser un sistema estructuralmente heterogéneo y, en última instancia, aprovechar ese desarrollo desigual, pero combinado, de sus dinámicas regionales, con el fin de sortear en una parte del mundo las dificultades que desata en otra. De ahí la necesidad de especificar en esta discusión lo que resultaría particular de Occidente.

<sup>15</sup> Al respecto, es importante anotar dos aclaraciones. Primero, la importancia de abandonar la comprensión de la industrialización como sinónimo de desarrollo económico nacional y democrático, capaz de originar estados benefactores, de romper con la condición de dependencia en la que se hallan las periferias respecto de los centros globales y de producir una convergencia en el ingreso de las clases trabajadoras periféricas con el de las centrales. Y es que, tal y como lo subrayó en su momento Giovanni Arrighi (2008), “mientras, en 1960, el grado de industrialización del Tercer Mundo equivalía al 74.6% del Primer Mundo, en 1980 era virtualmente el mismo (99.4%), y en el año 2000 ya era 17.1% mayor. Contra cualquier expectativa, cuarenta años de una industrialización relativamente exitosa dejaron al Sur respecto del Norte relativamente tan pobre como lo estaba al inicio [pues] la brecha del ingreso entre ambos grupos de países [centrales o primermundistas y periféricos o tercermundistas] ha permanecido virtualmente idéntica: el producto interno bruto [PIB] per cápita de los países del Tercer Mundo como proporción del PIB de los países del Primer Mundo fue de 4.5% en 1960, 4.3% en 1980 y 4.6% en el año 2000” (p. 10). En segunda instancia, es importante comprender que las nuevas formas de industrialización empujadas por la globalización neoliberal (esencialmente distintas de aquella que se dio bajo la forma de Industrialización por Sustitución de Importaciones) no sólo no se abandonaron con la irrupción regional del progresismo sino que, en muchos casos, incluso se profundi-

Lo segundo (la reprimarización neoextractivista) en el sentido de que el grueso de estos gobiernos, al haberse insertado en un contexto global caracterizado por el incremento sostenido y en algunos casos exponencial de los precios de las materias primas, hicieron de “la sobreexplotación de bienes naturales cada vez más escasos, en gran parte no renovables, así como en la expansión de las fronteras de explotación hacia territorios antes considerados como improductivos desde el punto de vista del capital” (Svampa, 2019, p. 23) dos de sus principales arietes para conseguir un mayor crecimiento de sus economías nacionales y una fuente de recursos para financiar políticas y programas sociales de igualdad social (o de reducción relativa de la desigualdad).

Todo lo cual, valga la pena subrayar, no quiere decir que, por ello, los progresismos americanos fuesen idénticos (ideológica y programáticamente) a sus opositores neoliberales (desarrollistas, industrialistas y neoextractivistas), pues, a diferencia de estos, aquellos pusieron en marcha un modelo de desarrollo económico nacional que se caracterizó por haber logrado, en apenas poco más de una década, entre otras cosas: sacar de las condiciones de pobreza y de indigencia a más de 50 y 20 millones de personas, respectivamente; incrementar la participación en el ingreso nacional de los sectores peor remunerados y reducir, paralelamente, la participación en él de los mejor remunerados; disminuir el desempleo (en años en los que para el resto de la región iban en aumento) y elevar los salarios reales de las clases trabajadoras (cf. Tajám Cabrera y Cultelli, 2021). Logros, todos ellos, a los que además habría que sumar el que sin duda fue su mayor éxito: la ampliación y la profundización de la integración y la participación política de las masas y, dentro de ellas, de sus sectores populares históricamente más marginados y menos representados.

La proliferación de gobiernos de extrema derecha por toda América (coincidiendo con una tendencia análoga ocurriendo en gran parte de Europa Occidental) y la masificación de sus bases sociales de apoyo: en Argentina, bajo la presidencia de Mauricio Macri (y más recientemente, a partir del fenómeno Javier Milei); en Bolivia, a partir del golpe de Estado que hizo jefa de Estado a Jeanine Añez; en Brasil, primero bajo el mandato de Michel Temer y, en seguida, por la presidencia de Jair Bolsonaro; en Chile, por la presidencia de Sebastián Piñera; en Colombia, bajo la administración de Iván Duque; en Ecuador, primero por el mandato de Lenin Moreno y luego por la presidencia de Guillermo Lasso; en Perú, que en menos de siete años ha tenido a seis presidentes y una presidenta (formalmente constitucionales); en Paraguay, presidido por Mario Abdó Benítez; y en Uruguay, por la administración de Luis Lacalle Pou; en esta línea de ideas, aparece en esta historia como el producto, a la vez, de tres dinámicas regionales distintas, pero imbricadas. A saber:

---

zaron, matizando sus perversas consecuencias con políticas redistributivas y programas sociales.

- a. en primera instancia está el movimiento de reflujo, de reacción y/o de rebeldía impulsado desde el corazón mismo de los intereses de las viejas élites neoconservadoras de finales del siglo XX, que en realidad nunca desaparecieron de la escena política nacional en cada uno de estos Estados, pero que, a la luz de los triunfos sociales, políticos, económicos y culturales conseguidos por el progresismo a la vuelta del siglo, sí experimentaron cierto grado de marginación política hasta entonces inédito. Y es que si bien es posible afirmar que en el plano económico (el de la explotación) muchas de esas viejas élites lograron acomodarse en las nuevas correlaciones de fuerzas propiciadas por los progresismos americanos en el nuevo contexto continental, en el ámbito político (donde se juega la dominación) la irrupción de las masas obreras, campesinas y populares sí supuso para ellas un cierto debilitamiento;
- b. en segundo lugar, la reacción de una suerte de movimiento de sectores pluriclasistas (yendo desde los estratos medios tradicionales hasta los nuevos ejércitos industriales de reserva del capitalismo, sumidos en la más absoluta precariedad) que, al margen de no haber vivido en realidad ningún tipo de alteración significativa en sus propias condiciones económicas de vida, durante los años de hegemonía del progresismo en la región sí sintieron cuestionado su estilo de vida, sus usos y costumbres de sociabilidad, a raíz de las conquistas que distintas resistencias sociales fueron cosechando en ámbitos de la vida cotidiana de las personas. (La transformación de la familia nuclear, la impugnación a la primacía de la heterosexualidad en el comportamiento sexoafectivo de las personas, las rupturas de la tradición generadas por un amplio relevo generacional, la pérdida de centralidad de la religión en la vida de las personas, en general; o las tensiones abiertas por las reconquistas espirituales llevadas a cabo por el catolicismo y por el protestantismo, en particular; el cuestionamiento de los privilegios sociales que acarrea consigo la blanquitud, la irrupción de las comunidades indígenas en ámbitos que la población mestiza históricamente había considerado como prerrogativa suya, la crítica feminista a los múltiples rostros del patriarcado o el desmoronamiento de los estigmas que tradicionalmente habían marcado a estilos de vida y de consumo hasta entonces considerados marginales son apenas algunos ejemplos de ello); y,
- c. en tercera instancia, la convergencia, en una especie de frente común, de, por un lado, sectores de la sociedad con aspiraciones y anhelos no satisfechos (o insuficientemente satisfechos) por parte de sus gobiernos progresistas (lo cual incluyó tanto a los estratos que en realidad nunca alcanzaron a beneficiarse por el cambio de signo político-ideológico

gubernamental en sus respectivos Estados como a aquellos que sí fueron objeto de sus políticas públicas, pero no en el grado ni con la intensidad que aspiraban a serlo); y, por el otro, capas medias y populares que percibieron en el mejoramiento de las condiciones de vida de otras personas una amenaza a las suyas (lo mismo en términos económicos o materiales que en un sentido simbólico o de estatus).

En este sentido, aunque en el resto de Occidente (y, sobre todo, en Europa occidental) son incuestionables los signos de resurgimiento de viejos fascismos o la configuración de nuevas variaciones suyas (paralelamente a la proliferación de experimentos políticos de extrema derecha, pero que no se inscriben dentro del régimen de historicidad ni de los viejos ni de los nuevos fascismos)<sup>16</sup>; en el caso de América, lo que se ha venido observado a lo largo de las últimas tres o cuatro décadas, aunque con particular profusión a partir del tercer lustro del siglo XXI, es un fenómeno mucho más complejo y diverso de multiplicación de experiencias de extrema derecha que ni encuentra su síntesis fenomenológica en la narrativa del resurgimiento o de la reactualización del fascismo ni, mucho menos, comienza, transita y/o se agota histórica, política, económica y culturalmente en él o en sus variaciones post (posfascismo) (lo que no significa que no existan expresiones suyas marginales).

En efecto, lo que acontece hoy en América es, sin duda, la emergencia, el fortalecimiento y la consolidación de una miríada de movimientos sociales y de fuerzas políticas polimorfos cuyas matrices ideológicas y programáticas hunden sus nervios más profundos en una multiplicidad y en una diversidad de variaciones doctrinales (conservadoras, paleolibertarias, anarcocapitalistas, neoliberales, cristiano-confesionales, etc.) y entre cuyos propósitos se halla el disputar a las izquierdas y a los progresismos contemporáneos las definiciones tanto del presente como del futuro inmediatos de la crisis y de sus posibles desenlaces. Sin embargo, a pesar de que estas extremas derechas son, sin equivocación, una respuesta desesperada y retrotópica (Bauman, 2017) ante la crisis del capitalismo y de sus mediaciones, la mayoría realmente nada o muy poco tiene que ver con la forma, la esencia y el fundamento de lo que en su momento fueron el fascismo y el nacionalsocialismo europeos posteriores a la Gran Depresión de 1929. Pero también son, éstas, extremas derechas que en su mayoría nada o muy poco tienen que ver con lo que, en cierta tradición del pensamiento crítico americano, durante la segunda mitad del siglo XX, se dio en identificar como fascismos dependientes y/o periféricos (Briones, 1978a; 1978b; Dos Santos, 1972; Bambirra y Dos Santos, 1977; Bambirra, 1990). O no, por lo menos, más allá de los elementos comunes que es plausible extraer a partir de la abstracción de sus rasgos contex-

---

<sup>16</sup> Enzo Traverso ha sabido colocar con claridad los términos de este debate, identificando en qué medida algunas de las extremas derechas europeas actuales no se inscriben en la tradición histórica ni del fascismo y ni del nacionalsocialismo. (cf. Traverso, 2017).

tuales concretos: como cuando se pierde de vista que el fascismo ni es un fenómeno esencialmente transhistórico ni reducible a una actitud personal.

Y es que, por intuitivas y acertadas que parezcan, a primera vista, las analogías hechas del presente americano y occidental con el periodo de entreguerras en el que germinaron el fascismo y el nacionalsocialismo clásicos (históricos), valiéndose de la construcción de paralelismos entre las respuestas políticas del presente a la crisis del 2008, por un lado; y las registradas a principios del siglo XX, por el otro (como si la historia estuviese, ahora mismo, repitiendo su curso); no debe obviarse el hecho de que este tipo de asimilaciones, además de responder a lógicas mecanicistas y deshistorizantes, son incapaces de superar algunas constataciones de hechos que evidencian su falsedad. Algunas de las aproximaciones analíticas más recientes y con mayores ambiciones de originalidad en la defensa del uso de categorías como fascismo o neofascismo para explicar el contexto americano contemporáneo, inclusive, a pesar de su creatividad, parecen ser incapaces de escapar a esas antinomias que surgen de afirmar que para pensar al neofascismo en su singularidad no es necesario que éste guarde algún tipo de relación o continuidad histórica con el fascismo clásico<sup>17</sup>.

Ante ello, por eso, habría que subrayar que si bien es verdad que entre el fascismo clásico y sus formas neo o post (neofascismo/postfascismo) no necesariamente deben de ser dominantes las continuidades históricas, por encima de las rupturas (o de lo contrario no se sostendría la distinción entre una fenomenología clásica y una nueva o su superación), no lo es menos que, al mantener vigente el uso del concepto raíz (fascismo), desvinculándolo de su origen y de su fenomenología histórica concreta, se despoja al concepto mismo de su potencial heurístico (cosa que sucede entre más abarcadores se pretende que sean las categorías de análisis).

De ahí que, en cuanto a los usos de dichas categorías para analizar la realidad de América, apelando a las analogías del momento histórico actual con el de entreguerras, en primer lugar, por ejemplo, sea claro que en América no se atravesó, en los años recientes, por ningún tipo

---

<sup>17</sup> Un contrapunto en esta dirección se ofrece en un artículo reciente de Leonardo Carnut (2023), quien sostiene: “enquanto o fascismo clássico assumiu uma versão europeia –original: Itália e Alemanha; e derivada: Espanha, Portugal, entre outros –e uma versão latino-americana –oriunda da ambição expansionista geopolítica do fascismo europeu –, o neofascismo é uma pluralidade múltipla que não necessariamente se relaciona com seu passado fascista em termos de continuidade histórica, mas que, sim, pode ser um fenômeno original em certos países e com muito mais amplitudes que extrapolam a compreensão continuísta” (p. 26). Queda abierta a la discusión, sin embargo, una pregunta: ¿por qué llamarle nuevo fascismo, después de todo, a algo que no se vincula con el viejo fascismo como tal? Más allá de ello, sin embargo, el conjunto de investigaciones que ha llevado a cabo este autor, enfocadas en volver a problematizar al fascismo dependiente y periférico desde una perspectiva americana son, sin lugar a duda, necesarias hoy en día para orientar la discusión (además ser una especie de tributo y de recuperación de un tipo de pensamiento propio en América que hasta hoy parece haber sido eclipsado por otras corrientes).

de devastación bélica, de las proporciones experimentadas en la Gran Guerra, capaz de desarrollar en la región una psicología de masas como aquella que germinó entre los amplísimos sectores de la población europea que experimentaron en carne propia el trauma de su violencia y de sus métodos de exterminio en masa. En América, la guerra en contra del narcotráfico internacional, evidentemente, no es ni de lejos equiparable a aquella experiencia límite de la condición humana (no sólo ni en principio por sus saldos cuantitativos sino, tampoco, debido a sus características cualitativas). En esa misma línea de ideas, tampoco puede sostenerse que lo que hoy se aprecia en las extremas derechas del continente sea una simple actualización o recuperación de la ideología y las formas de hacer política del fascismo y del nacionalsocialismo históricos. De hecho, si de algo da cuenta la amplia diversidad de matrices ideológicas y de programas políticos de los que se valen las extremas derechas en la región, ese algo es que, al margen de algunos referentes compartidos, ninguna de ellas se posiciona o se reconoce a sí misma como una especie de tercera vía entre el liberalismo de centro o moderado, de un lado; y el comunismo/socialismo, del otro.

Y aunque el fantasma del comunismo/socialismo/marxismo (al que se suma el castrochavismo) sigue siendo esa suerte de presencia espectral alrededor de la cual se coagula el grueso de la rabia y de la política del miedo movilizadas por ellas entre sus bases sociales de apoyo, muchas de ellas lo hacen apelando a la necesidad de recuperar una supuesta (y a menudo fantasmiosa) tradición pura del liberalismo o del conservadurismo decimonónicos; o a partir del imperativo de radicalizar esos viejos mantras (y no, en cambio, como sucedió con el fascismo y el nazismo, asumiendo una posición intermedia en la diada liberalismo—socialismo).

Todo lo cual no quiere decir, no obstante lo anterior, que para penetrar en la densidad política del contexto actual en América no sea necesario conducir análisis críticos sobre lo que quizá valdría la pena anotar como la psicología de masas del extremismo y del radicalismo de derechas en la contemporaneidad. Por lo contrario: es vital evidenciar las formas de subjetivación, individual y colectiva, a las que los sectores poblacionales de base de estas plataformas políticas han tendido a recurrir a lo largo de los últimos años y, con mayor profusión aún, en todos aquellos momentos coyunturales recientes en los que han experimentado su propia realidad como una sucesión permanente de crisis o de eventos históricos que han terminado por degradar el lugar que consideran que deben de ocupar en este mundo. En particular, por ejemplo, este tipo de tareas es necesario para poner de relieve en qué medida y de que modos específicos las múltiples y diversas expresiones de la crisis estructural del capitalismo han arrastrado a esos estratos a “vivir con lo imprevisible, con la contingencia; [...] con la incertidumbre y [la] exposición al peligro; [...] con la pérdida de toda seguridad, de toda orientación y de todo orden” (Lorey, 2016, p. 17) forzándolos, en consecuencia, a actuar en función de los grados de humillación de los que se

sienten objeto al ir perdiendo privilegios que antes daban por descontados como solidificados por el paso y por el peso de la historia.

En última instancia, pues, se trataría de explicitar que el problema del fascismo en América no debe de pensarse sólo a partir de su caracterización como una respuesta radical de la burguesía ante la crisis estructural del sistema en cuanto tal (precisamente a la manera en que el fascismo, en general; y su versión dependiente y periférica, en particular; fueron estudiados en la región a partir de la segunda mitad del siglo XX) sino que de igual modo debe de comprendérselo a partir del estado crítico en el cual se encuentran sus mediaciones (morales, políticas, ideológicas, etc.). Sólo así se podrá explicar por qué amplísimos sectores de las bases sociales de apoyo de estas extremas derechas no nacieron de la noche a la mañana (en momentos de hiperinflación, como en Argentina) sino, antes bien, maduraron en el largo periodo histórico en el que las izquierdas y el progresismo fueron la fuerza política dominante en el control de los gobiernos y en la dirección de los Estados de la región<sup>18</sup>.

Finalmente, también es importante no perder de vista dos distinciones más entre las experiencias europeas de principios del siglo XX y lo que hoy sucede en América. A saber: por una parte está el hecho de que, a diferencia del fascismo y del nazismo, que en su momento se concibieron como proyectos civilizatorios futuristas y con pretensiones de universalidad, las extremas derechas contemporáneas en América apenas y se asumen a sí mismas como una reacción pragmática al peso de la crisis del presente; de hecho, a menudo apelando a la supuesta recuperación de un pasado idílico (como las persistentes referencias de Milei a los años gloriosos en los que Argentina era una potencia regional, al Estilo europeo, a principios del siglo XX). Acá, pues, hay más menos un ejercicio de invectiva política y más un recurso a la tradición (con profundas e irresolubles contradicciones, dado su eclecticismo) que de hecho se hallaría en la base de un autoritarismo social ya ampliamente extendido.

Y, por la otra, (pero sin pretender agotar acá una discusión que es mucho más extensa), aún si se deja de lado la centralidad que tuvo el antisemitismo (antijudío)<sup>19</sup> tanto para el nazismo como para el fascismo clásicos (aunque para el segundo en menor medida, y sólo por imposición del primero en el marco de la guerra continental), entre estas dos experiencias límite y las extremas derechas contemporáneas, en América, siguen siendo insalvables las distancias que se abren entre ellas en un rasgo elemental más de su actuar. A saber: estas derechas, al ejercer el control gubernamental y la dirección estatal de sus respectivos países, no han intentado transformar al tipo de Estado-nación capitalis-

---

<sup>18</sup> Lo que no implica demeritar el peso específico que en casos como el de Argentina tuvo la creciente inflación que aceleró la degradación de las condiciones materiales de vida de millones de personas.

<sup>19</sup> En la medida en la que los pueblos árabes musulmanes también son semitas, habría que distinguir entre el antisemitismo antijudío y el antisemitismo antiárabe islamófobo.

ta en una formación estatal de tipo totalitario, si bien es incuestionable el extremo recurso a la violencia y a los aparatos represores de aquel (sobre todo el ejército y las policías militarizadas) de los que se han valido para contener y disciplinar las resistencias, movilizaciones y protestas sociales vigentes. El autoritarismo del que son tributarias no es, después de todo, identico al absolutismo o al totalitarismo, aunque la laxitud en el uso del lenguaje político contemporáneo haga suponer lo contrario.

## Referencias

- Anderson, P. (1974). *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*. España: Siglo XXI, 2012.
- Amin, S. (1970). *La acumulación a escala mundial: crítica de la teoría del subdesarrollo*. México: Siglo XXI. 1974.
- Arizmendi, L. (2020). La crisis epidemiológica global en el marco de la crisis epocal del capitalismo. *Migración y Desarrollo*, 18 (34), 7-32.
- Arrighi, G. (2008). Globalización y desarrollo desigual. *Mundo Siglo XXI*, (13). 5-17.
- Bambirra, V. (1990). El Estado en Brasil: del dominio oligárquico a la "apertura controlada". En P. González Casanova (coord.), *El Estado en América Latina. Teoría y práctica* (pp. 247-266). México: Siglo XXI-Universidad de las Naciones Unidas.
- Bambirra, V. y Dos Santos, T. (1977). Brasil: nacionalismo, populismo y dictadura. 50 años de crisis social. En P. González Casanova (coord.), *América Latina: historia de medio siglo*. 1. América del Sur (pp. 127-172). México: Siglo XXI.
- Bartra, A. (2013). Crisis civilizatoria. En R. Ornelas (coord.), *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo* (pp. 25-71). México: UNAM-IIEc.
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopía*. España: Paidós.
- Bello, W. (2009). La crisis capitalista y la respuesta política de la izquierda. *Bajo el Volcán*, 8 (14), 127-143.
- Braudel, F. (1968). *La historia y las ciencias sociales*. España: Alianza, 1970.
- Braudel, F. (1979). *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*. Tomo I. Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible. España: Alianza, 1984.
- Briones, A. (1978a). *Economía política del fascismo dependiente*. México: Siglo XXI.
- Briones, A. (1978b). *Ideología del fascismo dependiente*. México: Edicol.

- Caballero, M; Lozano, S. y Ortega, B. (2007). Efecto invernadero, calentamiento global y cambio climático: una perspectiva desde las ciencias de la tierra. *Revista Digital Universitaria*, 8 (10), 1-12.
- Carnut, L. (2023). Neofascismo(s) latino-americano(s) I.- Do fascismo ao neofascismo: compilando o debate. *Crítica Revolucionária*. 3, 1-38.
- Castillo, M. y Martins, A. (2017). (Des)industrialización y cambio estructural. En M. Cimolli; M. Castillo; G. Porcile y G. Stumpo (eds.), *Políticas industriales y tecnológicas en América Latina* (pp. 15-34). Chile: CEPAL-ONU.
- Ceceña, A.E. (2021). Sistema-Mundo. Crisis y bifurcaciones. En R. Ornelas y D. Inclán (coords.), *Cuál es el futuro del capitalismo* (pp.105-128). México: Akal-UNAM-IIEc.
- Corsi, F.L. (2010). La crisis estructural del capitalismo y sus repercusiones. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, (36), 29-39.
- Dos Santos, T. (1972). *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*. Chile: Prensa Latinoamericana.
- Dos Santos, T. (1978). *Imperialismo y dependencia*. México: Era.
- Echeverría, B. (2006). *Discurso crítico y modernidad*. Colombia: Desde Abajo. 2011.
- Echeverría, B. (1997). *Las ilusiones de la modernidad*. México: Era, 2018.
- Echeverría, B. (1986). *El discurso crítico de Marx*. México: FCE, 2017.
- García Linera, A. (2016). *Posneoliberalismo: tensiones y complejidades*. Argentina: Prometeo Libros-CLACSO, 2020.
- Gunder Frank, A. (1979). *La crisis mundial: 2. El Tercer Mundo*. España: Bruguera, 1980.
- Grossmann, H. (1929). *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista: una teoría de la crisis*. México: Siglo XXI, 1984.
- Heller, P. (2011). Tasa de ganancia y crisis mundial. *Hic Rhodus. Crisis capitalista, polémica y controversias*, 1 (1), 47-64.
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. España: Traficantes de Sueños.
- Márquez Covarrubias, H. (2010). La gran crisis del capitalismo neoliberal. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 7 (13), 57-84.
- Marini, R.M. (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: Era. 1981.
- Marx, K. (1859). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI. 1981.
- Moore, J.W. (2015). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. España: Traficantes de Sueños, 2020.

- Ornelas, R. (2020). La dislocación del capitalismo. En R. Ornelas (co-ord.), *Estrategias para empeorarlo todo* (pp. 23-52). México: UNAM-IIEc.
- Osorio, J. (2021). Dimensiones de la crisis del capitalismo. En A. López, G. Roffinelli y L. Castiglioni (coords.), *Crisis capitalista mundial en tiempos de pandemia* (pp. 19-28). Argentina: CLACSO.
- Rea Becerra, R.T.; Auxilio Piñón, Ma. (2009). De la dictadura del proletariado ¿A la dictadura del mercado? *Crisis y capitalismo*. *Revista de Ciencias Sociales*, I-II (123-124), 139-152.
- Reyna, J.L. (1977). Comentario: Crisis política: ¿Supuesto teórico o realidad empírica? En R. Benítez Zenteno (coord.), *Clases sociales y crisis política en América Latina* (pp. 395-400). México: Siglo XXI, 1988.
- Robinson, W. (2008). *América Latina y el capitalismo global: una perspectiva crítica de la globalización*. México: Siglo XXI, 2015.
- Sabbatella, I. (2010). Crisis ecológica y subsunción real de la naturaleza al capital. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, (36), 69-80.
- Saltos Galarza, N. (2014). Crisis capitalista y alternativas contrahegemónicas. *Revista de Políticas Públicas*, 18, 61-70.
- Solana, P. y Szalkowicz, G. (2017). Apuntes para el reimpulso. En P. Solana y G. Szalkowicz (comps.), *América Latina: huellas y retos del ciclo progresista* (pp. 203-211). Colombia: El perro y la rana.
- Svampa, M. (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina: conflictos socioambientales, giro ecoterritorial, y nuevas dependencias*. Costa Rica: UCR.
- Tajám Cabrera, H. y Cultelli, G. (2021). América Latina: progresismo y después. *Economía y Desarrollo*, 165 (1), 1-16.
- Traverso, E. (2017). *Las nuevas caras de la derecha: conversaciones con Régis Meyran*. Argentina: Siglo XXI, 2018.
- Wallerstein, I. (1983). La crisis como transición. En S. Amin, G. Arrighi, A. Gunder Frank e I. Wallerstein, *Dinámica de la crisis global* (pp. 14-60). México: Siglo XXI, 1999.
- Wallerstein, I. (2015). La crisis estructural, o por qué los capitalistas ya no encuentran gratificante al capitalismo. En I. Wallerstein et al., *¿Tiene futuro el capitalismo?* (pp. 15-46). México: Siglo XXI.
- Zavaleta, R. (1981). *La autodeterminación de las masas*. Argentina: CLACSO/México: Siglo XXI, 2015.

---

Fecha de recepción: 30 de noviembre de 2023

Fecha de aceptación: 3 de julio de 2024